Prédica del Padre Tommy – 15 de noviembre de 2026

Hace unos días, una persona se acercó y me hizo una pregunta muy honesta: «¿La ambición es buena o es mala?». Muchos crecimos escuchando la palabra «ambición» como si fuera automáticamente un pecado o un defecto. Sin embargo, cuando escuchamos el Evangelio de hoy —esta versión breve de san Mateo en el trigésimo tercer domingo del Tiempo Ordinario—, nos encontramos con algo sorprendente: Jesús elogia precisamente a quien no se conformó con lo que tenía, a quien arriesgó y multiplicó lo recibido.

Para entenderlo bien, miremos primero cómo reparte sus bienes el señor del relato. Se va de viaje y confía su fortuna a sus empleados «a cada cual según su capacidad». Fíjense en tres detalles maravillosos de esta frase. Primero: Dios nos da mucho a todos. En tiempos de Jesús, un solo talento equivalía al salario de muchos años de trabajo; es decir, nadie recibe migajas ni sobras. A cada uno de nosotros Dios nos ha confiado un tesoro inmenso: la vida, la inteligencia, el tiempo, la capacidad de amar y de hacer el bien. Segundo: Dios no nos da a todos por igual, pero no por favoritismo, sino por sabiduría y amor. Él conoce nuestra historia, nuestras fuerzas y nuestros límites; si nos cargara con cinco talentos cuando hoy nuestra espalda solo puede sostener dos, nos aplastaría. Y tercero: tampoco nos pide a todos lo mismo, sino en estricta proporción a lo que nos dio. Dios no le exige cinco al que recibió dos, ni compara a un hijo con otro; solo espera que cada cual haga rendir al máximo lo que realmente tiene entre manos.

Aquí es donde podemos distinguir dos fuerzas muy distintas del corazón humano: la buena ambición y la codicia.

La codicia es la ambición enferma, ciega y desordenada. El codicioso vive mirando de reojo lo que tiene el otro, nunca le alcanza nada y convierte el dinero, el poder o el éxito en un ídolo absoluto, pasando por encima de la dignidad y la confianza de los demás. En nuestro querido Paraguay hemos sentido de cerca las heridas que deja esa lógica cuando se pierde el rumbo ético. Lo ocurrido con la caída de ueno bank, que golpeó la tranquilidad y el esfuerzo de tantas familias trabajadoras y jubilados que habían depositado allí su confianza y sus ahorros, nos duele como sociedad y nos hace pensar. Cuando se prioriza el afán de lucro y el crecimiento sin medida por encima de la prudencia, la transparencia y el cuidado del patrimonio ajeno, lo que queda detrás es angustia y desconfianza. Ese es el rostro amargo de la codicia: promete ganarlo todo, pero termina lastimando al hermano.

Frente a esa codicia que destruye, el Evangelio de hoy reivindica la buena ambición, esa santa inquietud que nace de un corazón agradecido. El que tiene buena ambición no pierde el tiempo envidiando los cinco talentos del vecino ni quejándose porque recibió dos; tampoco se cruza de brazos diciendo «con esto ya me alcanza, mejor no me complico». Pone toda su creatividad y su esfuerzo para no vivir una vida mediocre ni estancada. La diferencia de fondo está en la conciencia de ser administradores: el codicioso se cree dueño absoluto y trabaja solo para sí mismo; el cristiano ambicioso en

el buen sentido sabe que todo lo recibió como un don y quiere hacerlo fructificar para bendecir a los demás. Por eso, el empleado fiel no presume al rendir cuentas, sino que reconoce el origen de todo: «Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco».

Pensemos en lo que significa vivir esa buena ambición hoy, aquí y ahora, a mediados de noviembre, cuando ya sentimos el cansancio de todo el año sobre los hombros. Tener buena ambición es querer dar siempre lo mejor en nuestro trabajo, con honradez y limpieza, aunque nadie nos esté mirando. Es no conformarnos con amar a medias en nuestra casa, sino esforzarnos por tener más paciencia con los hijos y con los mayores, por escuchar más y por perdonar antes de que termine el año. Es ser solidarios con el que hoy está pasando apuros, demostrando con hechos que la palabra empeñada y el cuidado mutuo todavía tienen valor en nuestra tierra.

Miren la respuesta final del Señor en el Evangelio de hoy: «Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor». El encuentro definitivo con Dios no es una fría auditoría contable, sino una fiesta. Y la puerta para entrar en esa alegría es responder con generosidad a la medida exacta de los dones que Dios puso en nuestra vida.

Al acercarnos hoy a la mesa de la Eucaristía, pidámosle al Señor que libere nuestro corazón de toda envidia y de toda codicia egoísta, y que encienda en nosotros la buena ambición de amar más, de servir mejor y de hacer rendir cada talento recibido, para que al final de nuestra jornada podamos escuchar también nosotros esa voz amiga que nos dice: «Muy bien, pasa al banquete de tu Señor». Amén.